

La calavera de Mengele: el advenimiento de una estética forense

Autor: **Keenan, Thomas y Weizman, Eyal**

Editorial: **Sans Soleil, Buenos Aires / Barcelona, 2015**

Reseña bibliográfica: **Bruno Hachero**

Es ya un lugar común, y no poco criticado, afirmar que el exterminio llevado a cabo por la Alemania nazi generó una insalvable cesura en el proyecto europeo, llevándonos forzosamente a repensar los límites de toda ciencia social e humana. A riesgo de caer en cierto eurocentrismo, sí parece claro que hay tres procesos que, como señalan Thomas Keenan y Eyal Weizman en *La calavera de Mengele*, cambian para siempre los foros en los que se desarrollan. Por un lado, los procesos de Núrenberg, apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, centrados en el documento como evidencia, donde además se utilizaron imágenes cinematográficas como prueba filmada y proyectada durante el propio juicio mientras se filmaba a su vez la cara de los acusados nazis, enfrentados a una pantalla que les mostraba las atrocidades de las que, presuntamente, eran responsables. Por otro, a principios de los 60, la captura en Argentina y el posterior juicio a Adolf Eichmann en Jerusalén, donde el fiscal Gideon Hausner centró la estrategia en los supervivientes, en el testimonio vivo de los horrores que adquiriría categoría de prueba. Daba inicio así lo que Annete Wiewiorka denominó *la era del testigo*, en referencia a la revalorización y creciente legitimación de estos discursos, antes relegados a la intimidad o al silencio, en el marco del discurso social, judicial e histórico. Fue precisamente un proceso paralelo al de Eichmann, aunque truncado y finalmente culminado dos décadas más tarde en Brasil, el que Keenan y Weizman recuperan aquí como detonante de lo que podría denominarse *la era de los restos*. Si el proceso de Eichmann conlleva la puesta en valor del relato subjetivo, de una experiencia íntima de la historia o, si se quiere, la emergencia del sujeto particular en el discurso histórico, la investigación en torno al cadáver de Mengele y su esperada identificación en 1985 suponen el desplazamiento del sujeto al objeto, de lo que se deduce la necesidad de un mediador, de un nuevo tipo de discurso, de una hermenéutica, incluso.

Esta última transformación –pues, como los autores precisan, estos acontecimientos no solo expanden sino que *transforman* los foros donde tienen lugar– constituye el objeto de reflexión de este conciso y luminoso libro, publicado doblemente en Buenos Aires y Barcelona por la editorial Sans Soleil. Los autores proponen entender el descubrimiento y la compleja identificación de la calavera del célebre criminal nazi, recuperada de una tumba inscrita con nombre falso en Embu das Artes, San Pablo, como el acontecimiento detonante para este *giro forense* en nuestro modo de interpretar y analizar la violencia. Un giro que amplía nuestros modos de relación con la realidad, que hace posible esclarecer el pasado a través de lo que queda inscrito en los huesos. Algo que a la vez plantea nuevos dilemas y nuevas preguntas, al igual que el testimonio planteaba, como señalaron entre otros Soshana Felman y Dori Laub, diversos problemas epis-

temológicos en relación a la verdad histórica. De este modo, el de la calavera de Mengele es un proceso de identificación que conlleva el nacimiento y la paulatina legitimación del “acercamiento *forense* para comprender los crímenes de guerra y los crímenes contra la humanidad”.²

Así, por un lado los autores analizan cuidadosamente las metodologías que un equipo especial de investigadores forenses puso en práctica a mediados de los 80 en Brasil para erigirse como intérpretes de ese discurso de los restos y demostrar, con la mayor probabilidad posible, que el cráneo exhumado pertenecía en efecto a Mengele. Como afirma uno de aquellos investigadores, Clyde Snow, el proceso desarrollado en San Pablo sirvió para poner en práctica y comprobar la efectividad de diversas técnicas innovadoras de identificación forense, más tarde aplicadas a procesos de investigación como el de las víctimas de la última dictadura militar en Argentina. Al fin y al cabo, como explican los autores, la identificación de Mengele se realizó como si se tratara de un desaparecido, por lo que las desapariciones ejecutadas por el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional que sufrió Argentina parecían una continuación natural para el trabajo de Snow y varios de sus colegas. Lo que hoy se conoce como *osteobiografía*, el estudio de la vida de un otrora ser vivo a partir del análisis de sus restos (paulatinamente sustituido por el análisis de ADN) ha sido una disciplina de crucial importancia en la investigación de crímenes de guerra y violencia en masa que difícilmente puede entenderse sin comprender a fondo las implicaciones y consecuencias de la investigación que este grupo de antropólogos forenses llevó a cabo en los 80 con el cráneo del célebre médico nazi. Además, como señalaba otro de los investigadores, Eric Stover, el proceso sirvió también para situar la antropología forense en el foco mediático, dando difusión a un tipo de discurso inédito en el diálogo social cuyas consecuencias, más allá de lo evidente, aún no podían barruntarse del todo.

Por otra parte, Keenan y Weizman, teóricos de literatura y estudios visuales respectivamente, señalan cómo ese complejo proceso combina el cálculo de probabilidad con un determinado *juicio estético*, inherente a la ciencia forense que ambos entienden, también, como un arte de la persuasión que conlleva la exposición y argumentación en un determinado *foro*. Esto quiere decir que el resultado de la identificación depende tanto de la probabilidad inferida y las conclusiones netamente científicas al respecto como de la capacidad para constituirse ella misma en imagen. Una imagen, en el caso de Mengele, obtenida mediante la superposición de videografías y fotografías en la que lo representado cohabita de manera espectral con sus mismos restos. El libro detalla con precisión y profusa ilustración cómo uno de los investigadores, Richard Helmer, concibió un sistema de video para crear una imagen compuesta en la que se superpusieran, con la mayor exactitud posible, la calavera exhumada con las imágenes fotográficas del sujeto al que supuestamente pertenecía. Imágenes que, de acuerdo con los autores, se erigen como la representación más certera de la condición del desaparecido, legalmente indefinido, ni muerto ni vivo, a la vez sujeto borrado y resto que contiene, al menos en parte, su historia negada.

Se abre aquí una estimulante vertiente del texto, que conecta directamente el carácter inaugural y experimental del proceso de Mengele con la propia esencia de la cien-

² Thomas Keenan y Eval Weizman, *La calavera de Mengele: el advenimiento de una estética forense*, Buenos Aires/Barcelona: Sans Soleil, 2015, p. 24.

cia forense y su principal consecuencia a efectos culturales: esa determinada *estética forense* que se expande principalmente a partir de la década del 2000 –el conocido como *efecto CSI*– en la cultura contemporánea. Es representativo, en este sentido, que la clásica figura del detective hermeneuta/intuitivo condicionado por la empatía haya sido paulatinamente desplazada, como señalan los autores en una nota al pie, por la del detective científico, el positivista cuya visión de la realidad se construye a partir de la observación científica, la lógica y el análisis de datos o el estudio de los fragmentos; también, aunque esto no se mencione en el sucinto libro, que el propio cine documental haya prestado atención a los restos –pienso aquí especialmente en las últimas películas de Rithy Panh sobre el genocidio camboyano–. Como el forense, que ejerce como un médium que interpreta lo contenido en los huesos, que extrae conclusiones y revela las lógicas, dinámicas y relaciones que despliega la violencia, el cine también puede erigir una representación del desastre o profundizar en su historia a partir de los restos, de los espacios, de lo ausente, incluso, como nos mostró Lanzmann. Quizás lo más crucial en todo este asunto son las múltiples posibilidades que el *giro forense* despliega para la documentación, memoria y representación de la violencia, abriendo un nuevo campo epistemológico para la creación y el estudio:

Los exhumadores [...] trabajando en grupos internacionales organizados por ONG o patrocinados por las Naciones Unidas o tribunales internacionales, empezaron por desenterrar los huesos y transformar los lugares de enterramiento en medios a través de los cuales los crímenes de guerra podían ser reconstruidos. Donde había una disputa en torno a un crimen de guerra, las tumbas que una vez habían sido simplemente lugares de memoria se convertían en un recurso epistemológico.³

Nuevas maneras de mirar que se abren a un conocimiento problemático que, con todo, se resiste a ser borrado. —

³ Keenan y Weizman, ob. cit., p. 82.